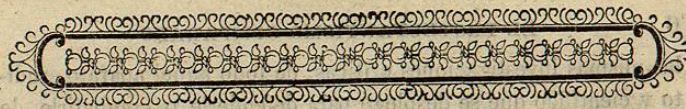


guntase, qué es lo que habia hecho esa revolucion en pro de la causa de la humanidad. Desgraciadamente, se han padecido en esta parte equivocaciones de cuantía; ó bien por mirarse los hechos al través del prisma de las preocupaciones de secta, ó por considerarlos tan solo por lo que presentaban en su superficie; y así se ha llegado á asegurar que los reformadores del siglo XVI contribuyeron al desarrollo de las ciencias, de las artes, de la libertad de los pueblos, y de todo cuanto se encierra en la palabra *civilizacion*, y que así dispensaron á las sociedades europeas un señalado beneficio.

¿Qué dice sobre esto la historia? ¿Qué enseña la filosofía? Bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político y el literario, ¿qué es lo que deben á la reforma del siglo XVI el individuo y la sociedad? ¿Marchaba bien la Europa bajo la sola influencia del Catolicismo? Este, ¿embargaba en nada el movimiento de la civilizacion? Hé aquí lo que me he propuesto examinar en esta obra. Cada época tiene sus necesidades, y fuera de desear que todos los escritores católicos se convenciesen de que, una de las mas imperiosas en la actualidad, es el analizar á fondo ese linage de cuestiones: Belarmino y Bossuet trataron las materias conforme á las necesidades de su tiempo; nosotros debemos tratarlas cual lo exigen las necesidades del nuestro. Conozco la inmensa amplitud de las cuestiones que arriba he indicado; y así, no me lisonjeo de poder dilucidarlas cual ellas demandan: como quiera, emprendo mi camino con el aliento que inspira el amor á la verdad; cuando mis fuerzas se acaben, me sentaré tranquilo, aguardando que otro que las tenga mayores, dé cumplida cima á tan importante tarea.



EL PROTESTANTISMO

COMPARADO CON

EL CATOLICISMO.

CAPITULO I.

EXISTE en medio de las naciones civilizadas un hecho muy grave, por la naturaleza de las materias sobre que versa; muy trascendental, por la muchedumbre, variedad é importancia de las relaciones que abarca; interesante en extremo, por estar enlazado con los principales acontecimientos de la historia moderna: este hecho es el *Protestantismo*.

Ruidoso en su origen, llamó desde luego la atencion de la Europa entera, sembrando en unas partes la alarma, y escitando en otras las mas vivas simpatías; rápido en su desarrollo, no dió lugar siquiera á que sus adversarios pudiesen ahogarle en su cuna; y al contar muy poco tiempo desde su aparicion, ya dejaba apenas esperanza de que pudiera ser atajado en su incremento, ni detenido en su marcha. Engreido con las consideraciones y miramientos, tomaba brios su osadía y se acrecentaba su pujanza; exasperado con las medidas coercitivas, ó las resistia abiertamente, ó se replegaba y concentraba para empezar de nuevo sus ataques con mas furiosa violencia; y de la misma discusion, de

las mismas investigaciones críticas, de todo aquel aparato erudito y científico que se desplegó para defenderle ó combatirle, de todo se servía como de vehículo para propagar su espíritu y difundir sus máximas. Creando nuevos y pingües intereses, se halló escudado por protectores poderosos; mientras convidando con los mas vivos alicientes todo linage de pasiones, las levantaba en su favor, poniéndolas en la combustion mas espantosa. Echaba mano alternativamente de la astucia ó de la fuerza, de la seducción ó de la violencia, segun á ello se brindaban las varias ocasiones y circunstancias; y empeñado en abrirse paso en todas direcciones, ó rompiendo las barreras ó salvándolas, no paraba hasta alcanzar en los países que iba ocupando, el arraigo que necesitaba para asegurarse estabilidad y duracion. Logrólo así en efecto, y á mas de los vastos establecimientos que adquirió, y conserva todavía en Europa, fué llevado en seguida á otras partes del mundo, é inoculado en las venas de pueblos seacillos é incautos.

Para apreciar en su justo valor un hecho, para abarcar cumplidamente sus relaciones, deslindándolas como sea menester, señalando á cada una su lugar, é indicando su mayor ó menor importancia, es necesario examinar si seria dable descubrir el principio constitutivo del hecho; ó al menos si se puede notar algun rasgo característico, que pintado por decirlo así en su fisonomía, nos revele su íntima naturaleza. Dificil tarea por cierto al tratar de hechos de tal género y tamaño como es el que nos ocupa, ya por la variedad de los aspectos que se ofrecen, ya por la muchedumbre de relaciones que se cruzan y enmarañan. En tales materias, amontonándose con el tiempo un gran número de opiniones que, como es natural, han buscado todas sus argumentos para apoyarse; y así se encuentra el observador con tantos y tan varios objetos, que se ofusca, se abruma y se confunde: y si se empeña en mudar de lugar por colocarse en un punto de vista mas á propósito, halla esparcidos por el suelo tanta abundancia de materiales, que le obstruyen el paso; ó cubriendo el verdadero camino, le estravian en su marcha.

Con solo dar una mirada al Protestantismo, ora se le considere en su estado actual, ora en las varias fases de su historia, siéntese desde luego la suma dificultad de encontrar en él nada de constante, nada que pueda señalarse como su principio constitu-

tivo; porque incierto en sus creencias las modifica de continuo, y las varía de mil maneras; vago en sus miras y fluctuante en sus deseos, ensaya todas las formas, tantea todos los caminos, y sin que alcance jamas una existencia bien determinada, sigue siempre con paso mal seguro nuevos rumbos, no logrando otro resultado que enredarse en mas intrincados laberintos.

Los controversistas católicos le han perseguido y acosado en todas direcciones; pero si les preguntais con que resultado, os dirán que han tenido que habérselas con un nuevo Proteo, que próximo á recibir un golpe le eludia, cambiando de forma. Y en efecto, si se quiere atacar al Protestantismo en sus doctrinas, no se sabe á dónde dirigirse; porque no se sabe nunca cuáles son éstas, y aun él propio lo ignora; pudiendo decirse que bajo este aspecto el Protestantismo es invulnerable, porque invulnerable es lo que carece de cuerpo. Esta es la razon de no haberse encontrado arma mas á propósito para combatirle que la empleada por el ilustre obispo de Meaux; *tú varias, y lo que varia no es la verdad*. Arma muy temida por el Protestantismo, y por cierto digna de serlo; pues que todas las trasformaciones que se emplean para eludir su golpe, solo sirven para hacerle mas certero y mas recio. ¡Qué pensamiento tan cabal el de ese grande hombre! El solo título de la obra debió hacer temblar á los protestantes: es la *Historia de las variaciones*: y una historia de *variaciones* es la historia del *error* (1).

Esta variedad, que no debe mirarse como estraña en el Protestantismo, antes sí como natural y muy propia, al paso que nos indica que él no está en posesion de la verdad, nos revela tambien que el principio que le mueve y le agita, no es un principio de vida, sino un elemento disolvente. Hasta ahora siempre se le ha pedido en vano que asentase en alguna parte el pie y presentase un cuerpo uniforme y compacto; y en vano será tambien pedirselo en adelante; porque vano es pedir asiento fijo á lo que está fluctuando en la vaguedad de los aires; y mal puede formarse un cuerpo compacto por medio de un elemento, que tiende de continuo á separar las partes, disminuyendo siempre su afinidad, y comunicándoles vivas fuerzas para repelerse y rechazarse. Bien se deja entender que estoy hablando del *examen privado en materias de fé*; ya sea que para el fallo se cuente con la sola luz de la razon, ó con particulares inspiraciones del cielo.

Si algo puede encontrarse de constante en el Protestantismo, es este espíritu de exámen; es el sustituir á la autoridad pública y legítima el dictámen privado: esto se encuentra siempre junto al Protestantismo, mejor diremos en lo mas íntimo de su seno; este es el único punto de contacto de todos los protestantes, el fundamento de su semejanza; y es bien notable que se verifica todo esto á veces sin su designio, á veces contra su espresa voluntad.

Pésimo y funesto como es semejante principio, si al menos los corifeos del Protestantismo le hubieran proclamado como seña de combate, apoyándole empero siempre con su doctrina, y sosteniéndole con su conducta, hubieran sido consecuentes en el error; y al verlos caer de precipicio en precipicio, se habria conocido que era efecto de un mal sistema, pero que bueno ó malo, era al menos un sistema. Pero ni esto siquiera; y examinando las palabras y hechos de los primeros novadores, se nota, que si bien echaron mano de ese funesto principio, fué para resistir á la autoridad que los estrechaba, pero por lo demas nunca pensaron en establecerle completamente. Trataron sí de derribar la autoridad legítima, pero con el fin de usurpar ellos el mando: es decir, que siguieron la conducta de los revolucionarios de todas clases, tiempos y países: quieren echar al suelo el poder existente para colocarse ellos en su lugar. Nadie ignora hasta qué punto llevaba Lutero su frenética intolerancia; no pudiendo sufrir ni en sus discípulos, ni en los demas, la menor contradicción á cuanto le pluguiese á él establecer, sin entregarse á los mas locos arrebatos, sin permitirse los mas soeces dicerios. Enrique VIII, el fundador en Inglaterra de lo que se llama *Independencia del pensamiento*, enviaba al cadalso á cuantos no pensaban como él; y á instancias de Calvino fué quemado vivo en Ginebra Miguel Servet.

Llamo tan particularmente la atencion sobre este punto, porque me parece muy importante el hacerlo: el hombre es muy orgulloso, y al oír que se deja como sentado que los novadores del siglo XVI proclamaron la *independencia del pensamiento*, seria posible que algunos incautos tomaran por aquellos corifeos un secreto interés, mirando sus violentas peroratas como la espresion de un arranque generoso, y contemplando sus esfuerzos como dirigidos á la vindicacion de los derechos del entendimiento. Sépase, pues, para no olvidarse jamás, que aquellos hombres

proclamaban el principio del *libre exámen*, solo para escudarse contra la legítima autoridad; pero que en seguida trataban de imponer á los demas el yugo de las doctrinas que ellos se habian forjado. Se proponian destruir la autoridad emanada de Dios, y sobre las ruinas de ella, establecer la suya propia. Doloroso es el verse precisado á presentar las pruebas de esta asercion; no porque no se ofrezca en abundancia, sino porque si se quiere echar mano de las mas seguras é incontestables, hay que recordar palabras y hechos, que si bien cubren de oprobio á los fundadores del Protestantismo, tampoco es grato el traerlos á la memoria; porque al pronunciar tales cargos la frente se ruboriza, y al consignarlos en un escrito, parece que el papel se mancha (2).

Mirado en globo el Protestantismo solo se descubre en él un informe conjunto de innumerables sectas, todas discordes entre sí, y acordes solo en un punto: *en protestar contra la autoridad de la Iglesia*. Esta es la causa de que solo se oigan entre ellas nombres particulares y exclusivos, por lo comun solo derivados del fundador de la secta; y que por mas esfuerzos que hayan hecho, no han alcanzado jamás á darse un nombre general, espresivo al mismo tiempo de una idea positiva; de suerte que hasta ahora, solo se denominan á la manera de las sectas filosóficas. Luteranos, calvinistas, zuinglianos, anglicanos, socinianos, arminianos, anabaptistas, y la interminable cadena que podia recordar, son nombres que muestran plenamente la estrechez y mezquindad del círculo en que se encierran sus sectas: y basta pronunciarlos, para notar que no hay en ellos nada de general, nada de grande. A quien conozca medianamente la religion cristiana, parece que esto deberia bastarle para convencerse que estas sectas no son verdaderamente cristianas; pero lo singular, lo mas notable, es lo que ha sucedido con respecto á encontrar un nombre general. Recorred su historia, y vereis que tantea varios, pero ninguno le cuadra, en encerrándose en ellos algo de positivo, algo de cristiano; pero al ensayar uno como recogido al acaso en la Dieta de Spira, uno que en sí propio lleva su condenacion, porque repugna al origen, al espíritu, á las máximas, á la historia entera de la religion cristiana; un nombre que nada espresa de unidad, ni de union, es decir, nada de aquello que es inseparable del nombre cristiano, un nombre que no en-

vuelve ninguna idea positiva, que nada esplica, nada determina; al ensayar este, se le ha ajustado perfectamente, todo el mundo se lo ha adjudicado por unanimidad, por aclamacion; y es porque era el suyo: *Protestantismo* (3).

En el vago espacio señalado por este nombre todas las sectas se acomodan, todos los errores tienen cabida: negad con los luteranos el libre albedrío, renovad con los arminianos los errores de Pelagio, admitid la presencia real con unos, desechadla luego con los zuinglianos y calvinistas; si quereis negad con los socinianos la divinidad de Jesucristo, adheríos á los episcopales ó á los puritanos, daos si os viniere en gana á las estravagancias de los cuákeros, todo esto nada importa: no dejais por ello de ser protestante, porque todavía *protestais* contra la autoridad de la Iglesia. Es ese un espacio tan anchuroso del que apenas podreis salir por grandes que sean vuestros estravíos: es todo el vasto terreno que descubris en saliendo fuera de las puertas de la Ciudad Santa (4).

CAPITULO II.

PERO, ¿cuáles fueron las causas de que apareciese en Europa el Protestantismo, y de que tomase tanta estension é incremento? Digna es por cierto tal cuestion de ser examinada con mucho detenimiento, ya por la importancia que encierra en sí propia, ya tambien porque llamándonos á investigar el origen de semejante plaga, nos guia al lugar mas á propósito para que podamos formarnos una idea mas cabal de la naturaleza y relaciones de ese fenómeno, tan observado como mal definido.

Cuando á efectos de la naturaleza y tamaño del Protestantismo se trata de señalarles sus causas, es poco conforme á razon el recurrir á hechos de poca importancia; ya porque lo sean de suyo, ó porque estén limitados á determinados lugares y circunstancias. Es un error el suponer que de causas muy pequeñas, pudiesen resultar efectos muy grandes; pues que si bien es ver-

dad que las cosas grandes tienen á veces su principio en las pequeñas, tambien lo es que no es lo mismo principio que causa, y que el principiar una cosa por otra, y el ser causada por ella, son espresiones de significado muy diferente. Una leve chispa produce tal vez un espantoso incendio; pero es porque encuentra abundancia de materias inflamables. Lo que es general ha de tener causas generales, lo que es muy duradero y arraigado causas muy duraderas y profundas. Esta es una ley constante así en el orden moral como en el fisico, pero ley cuyas aplicaciones son muy difíciles, particularmente en el orden moral; pues en él á veces están las cosas grandes encubiertas con velos tan modestos, está cada efecto enlazado con tantas causas, y por medio de tan delicadas hebras y tan complicada contestura, que al ojo mas atento y perspicaz, ó se le escapa enteramente, ó se le pasa como cosa liviana y de poco resultado, lo que tenia tal vez la mayor importancia é influjo: y al contrario, andan las cosas pequeñas tan cubiertas de oropel, tan adornadas y relumbrantes, tan acompañadas de ruidoso cortejo, que es muy fácil que engañen al hombre, ya muy propenso de suyo á juzgar por meras apariencias.

Insistiendo en los principios que acabo de asentar, no puedo inclinarme á dar mucha importancia, ni á la rivalidad escitada por la predicacion de las indulgencias, ni á las demasías que pudieran cometer en esta materia algunos subalternos: pudo todo esto ser una ocasion, un pretexto, una señal de combate, pero en sí era muy poca cosa para poner en conflagracion el mundo. Aunque tal vez sea mas plausible, no es sin embargo mas puesto en razon, el buscar las causas del nacimiento y estension del Protestantismo en el carácter y circunstancias de los primeros novadores. Ponderase con énfasis la fogosa violencia de los escritos y palabras de Lutero; y hácese notar cuán á propósito eran para inflamar el ánimo de los pueblos, arrastrarlos en pos de los nuevos errores, é inspirarles encarnizado odio contra la Iglesia Romana; encarécense no menos la sofística astucia, el estilo metódico, la espresion elegante de Calvino, calidades muy adaptadas para dar una aparente regularidad á la informe masa de errores que enseñaban los nuevos sectarios, poniéndola mas en estado de ser abrazada por personas de mas fino gusto, y á este tenor se van trazando cuadros mas ó menos verídicos de los